

## Decálogo verde para el siglo XXI

Firmada el 24 de mayo de 2015, pero hecha pública el 18 de junio, la encíclica *Laudato si'* (*LS*), sobre el cuidado de nuestra casa común, tiene una importancia excepcional. Es la primera encíclica que podemos considerar plenamente del papa Francisco, ya que la anterior, *Lumen fidei*, fue elaborada en gran parte por Benedicto XVI. Es cierto también que la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* se ha convertido en el documento programático del pontificado de Francisco. Pero la fuerza de *LS* y el amplio impacto que ya ha tenido en la Iglesia y en la sociedad, así como el enfoque y el contenido de la encíclica, permiten entrever una nueva etapa en la Doctrina Social de la Iglesia. En 1891, León XIII abordó "las cosas nuevas" en su encíclica *Rerum novarum*; 125 años más tarde, Francisco se sitúa a la altura de los nuevos retos de la época. Si la llamada cuestión social marcó el siglo XX, la cuestión socio-ambiental dominará las preocupaciones de nuestro siglo XXI.

Por este motivo, la revista *Razón y Fe* ha decidido dedicar un número monográfico a esta encíclica, con el objetivo de ofrecer un marco de lectura que permita entender sus implicaciones y acoger sus retos. En sus páginas encontrarán los lectores una docena de aportaciones distintas y complementarias, en las que diferentes especialistas ofrecen aproximaciones parciales a un tema tan complejo como importante. Lo hacemos siguiendo el esquema ya clásico del ver, juzgar y actuar, que también asume la encíclica. Como pórtico, en este editorial, hemos formulado una especie de decálogo ecológico que se inspira en *LS* y que resume los retos fundamentales que tenemos ante nosotros. Conviene advertir que los diez apartados no están ordenados según un criterio de importancia relativa, y que en la conclusión ofrecemos alguna clave sintética de conjunto.

## **Apoyarás la causa de los pobres**

Hay que reconocer que, en no pocos ambientes eclesiales y sociales, la causa de la ecología es aún considerada como algo exótico, como un lujo propio de sociedades ricas, como un freno al desarrollo de los pueblos o, poniendo un ejemplo gráfico, como un desenfoque que prioriza las focas antes que las personas. Por eso, a algunos les ha podido sorprender que un Papa que viene del sur del planeta, y que ha mostrado una sensibilidad social tan aguda, haya dedicado su primera encíclica a esta cuestión. Esas voces escépticas parecen olvidar que muchas personas y grupos, dentro y fuera de la Iglesia, vienen insistiendo desde hace décadas en que las principales víctimas de la crisis ecológica son las poblaciones más pobres de la tierra. El papa Francisco asume esta visión cuando indica que «entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra» (LS 2).

Más aún, la encíclica incorpora este enfoque, de una manera coherente y sistemática, al ir desgranando «las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo» (LS 13). Precisamente, a lo largo de sus páginas, describe algunos de los efectos subyacentes de la crisis medioambiental. Veamos algunos ejemplos: 1. «la exposición a los contaminantes atmosféricos produce un amplio espectro de efectos sobre la salud, especialmente de los más pobres» (LS 20); 2. el calentamiento global es particularmente grave «en los lugares más pobres de la tierra, especialmente en África, donde el aumento de la temperatura unido a la sequía hace estragos en el rendimiento de los cultivos» (LS 51); 3. la situación de los migrantes y refugiados medioambientales (LS 25), y 4. las graves dificultades que sufren las poblaciones empobrecidas para acceder al agua potable (LS 28ss).

## **Apreciarás la diversidad de nuestro mundo**

Junto al modo de tratar la “cuestión socio-ambiental” como única, las palabras del papa Francisco introducen otra novedad significativa en la historia de la Doctrina Social de la Iglesia: una sorprendente preocupación por la biodiversidad (cf. LS 32-42). Si los problemas

ecológicos mejor conocidos —el calentamiento global y la contaminación (cf. *LS 20-23*) o la cuestión del agua (cf. *LS 27-31*)— no formaban parte del imaginario social del católico, ¡cuánto menos lo hacía una cuestión en apariencia tan técnica como la pérdida de biodiversidad! Francisco, sin embargo, le presta una atención muy especial, siendo el problema medioambiental al que más espacio dedica. ¿A qué se debe esta inesperada importancia?

Se debe, sin duda, a la centralidad de la cuestión la cual va más allá de su valor estético o sentimental hacia algunos animales icónicos en peligro de extinción. Así, se recuerda a los menos familiarizados con la biología que «algunas especies poco numerosas, que suelen pasar desapercibidas juegan un rol crítico fundamental para estabilizar el equilibrio de un lugar» (*LS 34*). Muchas de las numerosas especies que están desapareciendo a gran velocidad debido a la acción humana poseen un valor irremplazable puesto que «podrían significar en el futuro recursos sumamente importantes, no sólo para la alimentación, sino también para la curación de enfermedades y para múltiples servicios» (*LS 32*). En efecto, «estamos hablando de valores que exceden todo cálculo» (*LS 36*). Pero, además de su potencial utilidad, las especies con las que convivimos en nuestra “casa común”, aquéllas con las que compartimos un cierto grado de fraternidad, deben ser conservadas porque «tienen un valor en sí mismas» (*LS 33*).

Bajo estas líneas, el tipo de visión “ecosistémica” que la preservación de la biodiversidad demanda es vital porque el complejo tejido de la vida en el planeta representa de forma paradigmática la interrelación. Ésta resulta una recurrencia persistente a lo largo de la encíclica: «la convicción de que en el mundo todo está conectado» (*LS 16*). En último término, en la preservación de la biodiversidad está en juego mucho más que la conservación de algunas especies, la calidad y la preservación de nuestra propia vida: «Porque todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros» (*LS 42*).

### **Asumirás los consensos científicos**

Aunque la separación entre la fe y la ciencia constituye uno de los dramas de la Modernidad, hace ya mucho tiempo que la postura

del magisterio eclesial admite, defiende y valora el campo propio de investigación científica. De ello dio fe el Concilio Vaticano II cuando reconoce que «las cosas creadas y las sociedades gozan de leyes y valores propios, que el hombre va gradualmente conociendo» y que, por tanto, la autonomía de las realidades terrenas «no solo es una reclamación de los hombres de hoy, sino algo que responde a la voluntad del Creador» (*Gaudium et spes*, 36). En coherencia con este planteamiento, y como no podía ser de otro modo, *LS* se apoya en el trabajo de los científicos. No obstante, podríamos decir que es una decisión “literaria” guiada por la prudencia (¿qué citar y qué no?), la opción que el Papa ha escogido por no explicitar los diversos estudios científicos que ha manejado y que sustentan su análisis. Ahora bien, él mismo afirma con claridad que «hay un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático» y que «numerosos estudios científicos señalan que la mayor parte del calentamiento global de las últimas décadas se debe a la gran concentración de gases de efecto invernadero (anhídrido carbónico, metano, óxidos de nitrógeno y otros) emitidos sobre todo a causa de la actividad humana» (*LS* 23).

El cambio climático y el calentamiento global no son los únicos temas, aunque sí son especialmente significativos y relevantes. Una postura igualmente fundamentada y matizada puede encontrarse, por ejemplo, al analizar los organismos genéticamente manipulados (cf. *LS* 133). De hecho, la encíclica ha venido precedida de una serie de estudios y jornadas de debate, en las que ha jugado un papel destacado la Academia Pontificia de las Ciencias. Conviene recordar que este organismo funciona desde principios del siglo XVII con el objetivo de promover los avances de la matemática, física y ciencias naturales, y los relacionados con el estudio de las cuestiones epistemológicas. Participan en ella numerosos y prestigiosos científicos, incluyendo varios galardonados con el premio Nobel, independientemente de sus creencias religiosas (el único español es el biólogo Antonio García-Bellido). La última de sus conferencias internacionales tuvo lugar en el mes de abril de 2015, en torno al siguiente tema: «Proteger la tierra, dignificar la humanidad: las dimensiones morales del cambio climático y la humanidad sostenible». Al respecto, Juan Pablo II ya escribió en 1998: «Al expresar mi admiración y mi aliento hacia estos valiosos pioneros de la investigación científica, a los cua-

les la humanidad debe tanto de su desarrollo actual, siento el deber de exhortarlos a continuar en sus esfuerzos permaneciendo siempre en el horizonte sapiencial en el cual los logros científicos y tecnológicos están acompañados por los valores filosóficos y éticos» (*Fides et ratio* [FR], 106). Con ello entramos ya en el siguiente apartado.

### **Superarás el paradigma tecnocrático**

Al tiempo que valora y se apoya en la ciencia, la enseñanza social de Iglesia critica el cientifismo. A ello se refirió las palabras de Juan Pablo II quien constató: «la mentalidad científicista ha conseguido que muchos acepten la idea según la cual lo que es técnicamente realizable llega a ser por ello moralmente admisible» (FR 88). En este sentido, el papa Francisco alude al paradigma tecnocrático, es decir, al «modo cómo la humanidad de hecho ha asumido la tecnología y su desarrollo junto con un paradigma homogéneo y unidimensional» (LS 106). Dicho paradigma condiciona la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad, también en los ámbitos económico y político. Este prototipo tecnocrático aparece como el colonizador dominante de las mentes, de los comportamientos y de la cultura hasta el punto de que resulta muy difícil salirse del mismo porque llega a ser “omnipresente” (cf. LS 122). Por ello, insiste el Papa, que es preciso alentar «una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático» (LS 111).

Todo esto se hace particularmente significativo porque las cuestiones tratadas no se elaboran desde la teoría científica ni desde la imagen del mundo, sino a partir de aspectos prácticos de la “tecnociencia”, que marcan toda nuestra sociedad y cultura. En realidad, estamos hablando de la necesidad de repensar el modelo de desarrollo y de progreso, para lograr realmente una calidad de vida integral: el desarrollo sostenible, equitativo e integral<sup>1</sup>. En este punto, la encíclica se aleja de toda ingenuidad y gana en profundidad crítica al desmascarar no sólo el mito del “crecimiento ilimitado” (cf. LS 106), sino también los modos interesados en los que «el discurso del crecimiento

---

<sup>1</sup> Cf. LS 13; 18; 52; 102; 159; 161 y 191.

sostenible suele convertirse en un recurso diversivo y exculpatorio» (LS 194). Por todo ello, «no basta con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual» (LS 198).

### **Impulsarás las decisiones necesarias, aunque sean costosas**

Ante la grave situación socio-ambiental que vivimos, «llama la atención la debilidad de la reacción política internacional. El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente» (LS 54). No podemos olvidar el liderazgo moral y la libertad evangélica que se ejercen en la persona del papa Francisco sin esperar todo de la política —«no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes» (LS 123)— ni de una ingenuidad idealista o inclusive espiritualista. Así, se reconoce y se denuncia que, en las últimas Cumbres, «por falta de decisión política, no alcanzaron acuerdos ambientales globales realmente significativos y eficaces» (LS 166). De hecho, no es casual que la encíclica se haya promulgado en el verano de 2015, con tiempo suficiente para poder hacerse presente en el debate público mundial de cara a la Cumbre especial de Naciones Unidas sobre los objetivos de desarrollo sostenible (25-27 de septiembre en Nueva York) y la COP 21, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (del 30 de noviembre al 11 de diciembre de 2015, en París).

La persuasión del Papa versa en que «necesitamos una política que piense con visión amplia, y que lleve adelante un replanteo integral [...] Si la política no es capaz de romper una lógica perversa, y también queda subsumida en discursos empobrecidos, seguiremos sin afrontar los grandes problemas de la humanidad» (LS 197). Esta amplitud de miras, de ante mano, insta a superar las lógicas cortoplacistas, partidistas e interesadas; y significa también caer en la cuenta de que estamos ante un reto muy amplio, en el tiempo (solidaridad intergeneracional) y en el espacio (dimensión global que trasciende las políticas nacionales): «La grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo» (LS 178). Como en otros retos de

envergadura, el principio clásico de la subsidiariedad ofrece pistas sabias para combinar las acciones políticas en los distintos niveles: hay que pensar globalmente y actuar localmente, al mismo tiempo que mantenemos la mirada local e incidimos globalmente. Y, en todo caso, es necesario superar la lógica de la eficiencia y del inmediato para que la acción política «asuma estas responsabilidades con los costos que implican» (LS 181).

### **No supeditarás tu acción a los intereses económicos**

«La política no debe someterse a la economía y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana» (LS 189).

Éste es, precisamente, el sentido de la economía en el gobierno de la “casa común”. Sin embargo, en la actualidad, se ha producido una grave «distorsión conceptual» de la economía (cf. LS 195), pues prima más la maximización de beneficios a corto plazo y, aún más, la economía financiera es más importante que la economía real (cf. LS 85). Al respecto, las palabras del papa Francisco nos adentran a esta realidad: «las finanzas ahogan a la economía real» (LS 109). En consecuencia, se producen una serie de disfunciones en el sistema porque, primero, «muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común» (LS 54) y, segundo, «los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente» (LS 55).

Por consiguiente, se hace necesario superar el paradigma “tecnoeconómico” que nos domina para recuperar una economía al servicio del ser humano y respetuosa con la creación, lo que la encíclica llama una “ecología económica” (cf. LS 141). Para ello, se hace imprescindible volver a una verdad clásica pero olvidada: «el principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes» (LS 93). Desde ahí, hay que impulsar con vigor «la economía

real, la que hace posible que se diversifique y mejore la producción, que las empresas funcionen adecuadamente, que las pequeñas y medianas empresas se desarrollen y creen empleo» (LS 189). No sólo otra economía es posible sino también necesaria.

### **Bucearás en tu propia tradición espiritual**

Otra economía es necesaria, pero no será posible ni viable sin un cambio profundo de actitudes. Un cambio que, en último término, demanda fuertes motivaciones espirituales, las llamemos así o no. Un ejemplo puede resultar iluminador: el sobre-consumo de una minoría de la población mundial. Éste es un desorden antropológico que no puede ser abordado sólo con análisis económicos, medidas políticas e innovación tecnológica. Es una patología cultural que requiere de un ejercicio espiritual. A ello se refieren el filósofo francés Pierre Hadot con el cuidado de sí mismo (*souci de soi*) o el alemán Peter Sloterdijk con el imperativo categórico *Tú debes cambiar tu vida*. En este sentido, las tradiciones religiosas pueden realizar una valiosa contribución, ayudando a «superar la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados» (LS 226). Para un economista, el sobre-consumo es una ineficiente asignación en el uso de los recursos; para un científico, uno de los vectores culturales que alimenta la desbocada demanda de recursos naturales; para un creyente es, además de todo lo anterior, reflejo de un grave desajuste espiritual.

De ahí que la espiritualidad resulte una pieza clave en el rompecabezas de la sostenibilidad: «No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo. Porque no será posible comprometerse en cosas grandes sólo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria» (LS 216). En este momento de *impasse* histórico, la espiritualidad se presenta como una fuente imprescindible para la movilización social de tipo ascético que la crisis socio-ecológica demanda. Pero el incalculable servicio que las tradiciones religiosas pueden hacer para catalizar el urgente cambio social que precisamos no puede hacernos olvidar que no es sólo la religión la que contribuye a la transformación cul-



tural de nuestra época, sino que también la propia religión puede verse renovada por la nueva sensibilidad ecológica.

### **Redescubrirás el valor de la simplicidad en tu propia vida**

Las crisis son siempre tiempos de purificación, renovación y redescubrimiento. Ellas devienen oportunidades para volver a la experiencia fundante, a lo más básico. La historia del pueblo de Israel en la tradición judeocristiana ejemplifica su crecimiento y su clarificación religiosa. Ahora bien, esto sucede a golpe de destierros y persecuciones. La actual crisis global de la sostenibilidad, de forma análoga, puede ser un callejón sin salida para nuestra civilización o puede convertirse en una excelente oportunidad de transformación, crecimiento y aprendizaje colectivo.

A la luz de la crisis socio-ecológica que denuncia la encíclica, la tradición ascética cristiana no aparece ya como una rémora histórica de la que convendría deshacerse; al contrario, adquiere una actualidad insospechada que trasciende el ámbito privado de una religión particular para adquirir una nueva relevancia pública: «La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecemos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres» (LS 222). De esta manera, la espiritualidad cristiana implica también redescubrir los ciclos de la naturaleza y aprender a vivir con serenidad, es decir, «dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador» (LS 225). La búsqueda de la sostenibilidad es una oportunidad para volver a la fuente de nuestra propia tradición y beber de ella.

### **Animarás una conversión personal, eclesial y comunitaria**

El regreso a un estilo de vida más sencillo implica una *metanoia*, un cambio de dirección: la “conversión ecológica” a la que apela el

papa Francisco (cf. *LS 216-221*). Esto se fundamenta en la transformación de hábitos mentales y patrones de comportamiento, producción y consumo que precisamos con urgencia lo cual no se consigue sólo con informes científicos más precisos, con más regulación legal o con la invocación de grandes principios éticos. Requiere, además, un compromiso personal, «implica también reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro» (*LS 218*).

Desde este marco, nos parece imprescindible subrayar la necesidad, hoy en día, de articular redes de apoyo y comunidades de solidaridad capaces de sostener opciones de vida individuales que no resultan nada sencillas: «Los individuos aislados pueden perder su capacidad y su libertad para superar la lógica de la razón instrumental y terminan a merced de un consumismo sin ética y sin sentido social y ambiental. A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales [...] La conversión ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria» (*LS 219*). Frente a la propuesta individualista de “empoderamiento del consumidor” que circula en muchos círculos ecologistas, la propuesta católica es universal y eclesial, comunitaria y mística; llama a la responsabilidad social corporativa, sí, pero del “cuerpo de Cristo” que es la Iglesia, un cuerpo capaz de nutrir los compromisos individuales y sostenerlos en el tiempo.

### **Valorarás la importancia de tus comportamientos cotidianos**

La envergadura de los asuntos tratados, la complejidad de los mismos, la fuerza de los intereses políticos y económicos, lo arraigado de los patrones culturales dominantes, la cómoda inercia de la vida, pueden resultar obstáculos o resistencias que empujan hacia un cierto escepticismo e impotencia. ¿Podemos hacer algo? ¿Es ya demasiado tarde? ¿No es un tema tan grande que nos desborda? La encíclica quiere anclarse en la esperanza. Y afirma, con convicción, que «un cambio en los estilos de vida podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social» (*LS 206*), animando a una acción coordinada «junto con la

importancia de los pequeños gestos cotidianos, el amor social nos mueve a pensar en grandes estrategias» (LS 231).

A esto debe añadirse, algunas pistas que la encíclica ofrece para ayudar a concretar el compromiso y la conversión ecológica en los comportamientos cotidianos, al alcance de la mano de todos. Y es que, «cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad» (LS 208). Desde esta convicción, LS menciona una serie de propuestas que brotan de una ética rompedora de la "autoreferencialidad" y el individualismo: «evitar el uso de material plástico y de papel, reducir el consumo de agua, separar los residuos, cocinar sólo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cuidado a los demás seres vivos, utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles, apagar las luces innecesarias» (LS 211), «dar gracias a Dios antes y después de las comidas» (LS 227) y otros gestos que expresan y desarrollan «una sana humildad y una feliz sobriedad» (LS 224), ejemplos de esas virtudes sólidas que tanto necesitamos.

### Conclusión

Estos diez mandamientos se resumen en dos: "escucharás el clamor de los pobres" y "escucharás el clamor de la tierra" (cf. LS 49). Y los escucharás de tal manera, y con tal hondura, que descubrirás que «no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental» (LS 139). Descubrirás «la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que en el mundo todo está conectado, la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida» (LS 16). O dicho de otra manera, te adentrarás por el camino de la ecología integral. ■

# ¿Una encíclica ecologista?

Presentación del número monográfico  
de *Razón y fe* sobre la ecología,  
a propósito de la encíclica *Laudato Si'*.

Intervienen:

YAYO HERRERO

*Ecologista, directora de Fuhem-Ecosocial.*

PEDRO LINARES

*Científico, del Instituto de Investigación Tecnológica.*

*Vicerector de investigación de la Universidad P. de Comillas.*

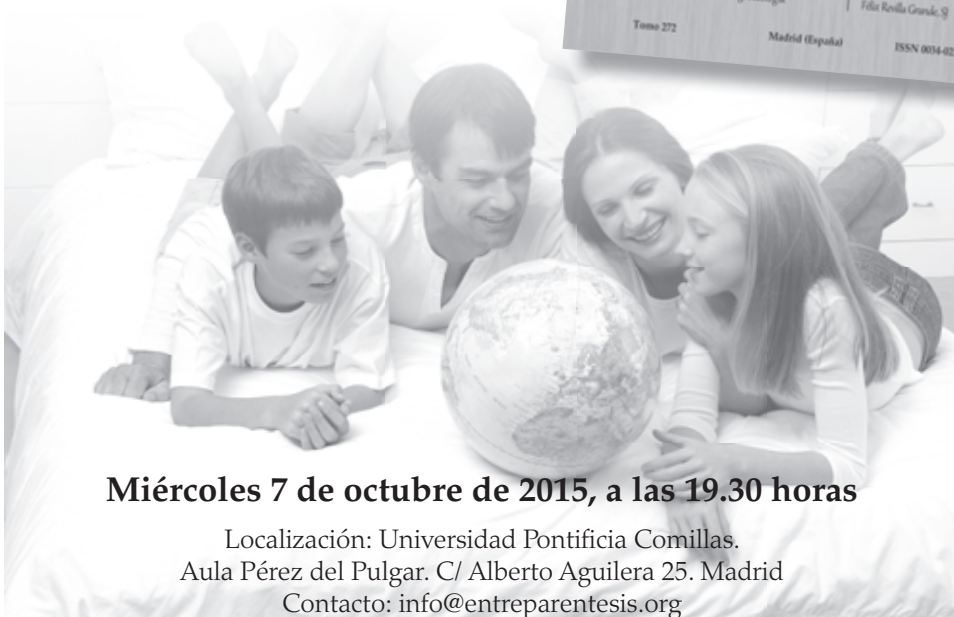
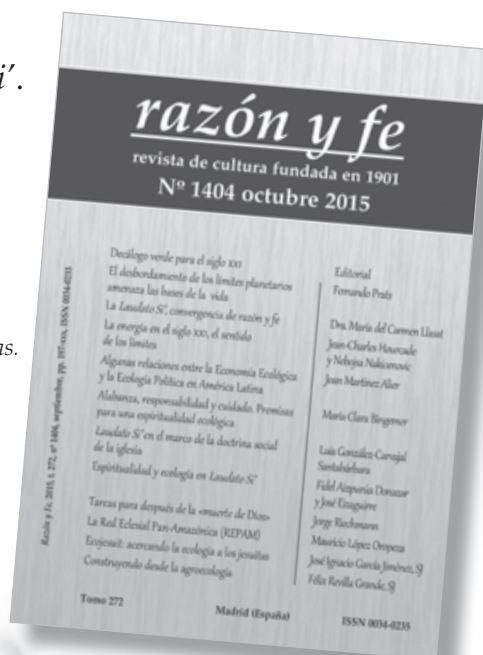
JOSÉ LUIS SEGOVIA

*Teólogo, vicario episcopal de la Archidiócesis de Madrid.*

Modera:

JAIME TATAY, SJ.

*Editor de Ecojesuit.*



**Miércoles 7 de octubre de 2015, a las 19.30 horas**

Localización: Universidad Pontificia Comillas.  
Aula Pérez del Pulgar. C/ Alberto Aguilera 25. Madrid  
Contacto: [info@entrepontificia.org](mailto:info@entrepontificia.org)